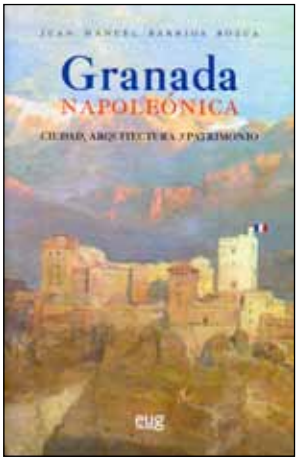
Con todo esto, se puede concluir que los trabajos recogidos en el libro editado por Sonia Villar ofrecen una excelente panorámica del estado de la cuestión en el que se encuentra un tema con un gran arraigo en la historiografía. Se trata de estudios llevados a cabo, en su mayoría, por investigadores jóvenes que han sido capaces de realizar análisis integradores de distintas disciplinas y, por ello, de ofrecer una explicación global de los procesos productivos que pusieron en marcha andalusís y cristianos en distintos territorios de la Península Ibérica. Lo hacen, además, incorporando el estudio de ámbitos olvidados hasta el momento por los historiadores, como son la ganadería y la explotación de la sal, aspecto que enriquece aún más sus aportaciones. En resumen, nos encontramos ante estudios que merecen ser bien diseccionados por los especialistas en estos temas, pues consiguen aportar una visión global e integradora de los procesos de producción, la organización del territorio que se deriva y las estructuras sociales que los articulan, siendo, además, investigaciones que están todavía en curso y seguramente ofrecerán en el futuro resultados mucho más valiosos que los aquí expuestos.

Juan Manuel Barrios Rozúa
Granada Napoleónica. Ciudad, Arquitectura y Patrimonio
Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, 446 páginas

Manuel Titos Martínez



La Editorial Universidad de Granada ha publicado a finales de 2013, aunque presentado realmente en 2014, una necesaria, esperada, ambiciosa y extensa monografía elaborada por Juan Manuel Barrios Rozúa titulada *Granada Napoleónica. Ciudad, Arquitectura y Patrimonio*. El título, que tal vez debiera haber hecho referencia al apellido de los Bonaparte y no al nombre del Emperador, que ni estuvo en Granada ni este Reino formó parte de sus principales preocupaciones hispanas, anticipa claramente las preferencias del autor y las pretensiones del libro, en línea con la trayectoria investigadora que ha seguido hasta este momento.

Juan Manuel Barrios es un joven pero ya muy rodado investigador formado como doctor en Historia del Arte por la Universidad de Granada e incorporado como profesor titular a su claustro de profesores en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, que ya ha dado a la historia de Granada y a la historiografía en general trabajos tan originales y valiosos como *Reforma urbana y destrucción del patrimonio histórico en Granada. Ciudad y desamortización* (1998), *Guía de la Granada desaparecida* (1999), *Granada, historia urbana* (2002), *La Granada de Washington Irving* (2004), *Iconoclastia (1930-1936), la Ciudad de Dios frente a la modernidad* (2007) o *Las desamortizaciones y el patrimonio histórico de Andalucía* (2009).

Estos libros y un buen número de artículos publicados en revistas de investigación y de divulgación, anticipan tres líneas de trabajo en torno a las cuales se ha movido Barrios Rozúa hasta hoy y lo sigue y lo seguirá haciendo a tenor del último de sus libros, al que me refiero en esta reseña. Tales líneas son, en primer lugar, el amplio espectro temático que se relaciona con la historia urbana, la arquitectura y el patrimonio, aspectos que forman parte, incluso, del subtítulo del libro que hoy se comenta. En segundo lugar, la Alhambra, principalmente, aunque no solo, en la época contemporánea, alma y vida de esta ciudad desde la época de su construcción hasta nuestros días, a cuyas reformas y a personajes relacionados con la misma ha dedicado Barrios Rozúa numerosos artículos y estudios preliminares de libros (Washington Irving, principalmente, pero también Richard Ford, José Contreras…). Por último, varios trabajos dedicados a la destrucción del patrimonio religioso y a la iconoclastia durante la II República y la Guerra Civil, han culminado en el libro antes citado, *Iconoclastia*, que desborda el ámbito puramente local o granadino, para adentrarse en ese conflicto secular que tiene su origen ya en el siglo XIX, pero que adquiere particular énfasis a partir de la segunda década del siglo XX de la mano de la movilización de masas que se produce por la esperanza de conseguir mejoras sociales y aumento del nivel de vida de los trabajadores y que tiene su estallido más dramático al comienzo de la Guerra Civil, momento de mayor violencia antieclesiástica que existe pues, como dice el autor, «ni siquiera en la Unión Soviética y el Méjico revolucionarios se vieron procesos de tal magnitud».

El caso es que esta evolución, destructiva y transformadora ha tenido en la Granada contemporánea una particular incidencia, como bien pone de manifiesto el autor a lo largo de su obra y antes lo han hecho otros como Ángel Isac o Cristina Viñes. Las reformas de la ocupación francesa, las expropiaciones, destrucciones y cambios de uso provocadas por las desamortizaciones de 1836 y 1855, con sus secuelas que se alargan durante decenios, el proceso de destrucción de gran parte de la ciudad medieval para la apertura de la Gran Vía de Colón, las tres jornadas incendiarias que se producen durante la II República (1931, 1932 y 1936), la transformación de la ciudad desde dentro en los años cincuenta y el catastrófico urbanismo de la época del desarrollismo, sin planificación alguna y con una agonía especulativa difícilmente entendible en una época tan ordenancista, son aspectos que, sin contar las idas y venidas de los cambios de criterios restauracionistas de la Alhambra, la esencia, repito, de Granada (los tres Contreras, Cendoya, Torres Balbás, Prieto Moreno…), han configurado una Granada actual en la que ni siquiera la trama es ya reconocible, pese a lo cual sigue siendo una de las ciudades más fascinantes de Europa. Digo todo esto para explicar que la línea de investigación seguida por Barrios Rozúa de ninguna manera podría calificarse de localista, si es que esto fuera un demérito, porque la singularidad histórica, cultural y artística de Granada puede con justicia parangonarse con la de cualquiera otra ciudad histórica y su análisis trasciende la estrecha franja demarcada por el Beiro y el Genil.

El análisis de la ocupación francesa de Granada ya había sido estudiado por otros autores entre los que, por orden cronológico de sus publicaciones, cabría citar a Francisco de Paula Valladar (1910-12), José Palanco Romero (1911-12), Antonio Gallego Burín (1923), Adolfo Martínez Ruiz (1977), Cristina Viñes Millet (2004) o Juan Gay Armenteros (2008), entre otros. Lógicamente todos estos autores han puesto su énfasis en las circunstancias políticas, bélicas o económicas, antes que en las puramente patrimoniales, apuntadas por todos y por pocos desarrolladas, de manera que ahí tenía Barrios Rozúa un amplio campo de exploración. El autor ha querido ser más ambicioso y ha tratado de reconstruir, siguiendo sus propias palabras, lo más minuciosamente posible las circunstancias históricas de uno de los capítulos más importantes

de la historia de la ciudad y de su patrimonio histórico-artístico, porque «en la historiografía local había un conocimiento muy fragmentario de la época napoleónica».

Ello no es lo mejor logrado del libro. La herencia de la historiografía anterior no es demasiado explícita, lo que no quiere decir que la ignore, ciertos aspectos de la vida diaria de la gente podrían haberse desarrollado más sobre la base de algunas de las fuentes que ha manejado, y algunos aspectos de la historia de Granada en ese periodo ciertamente relevantes como es el papel de las tropas del Reino de Granada en la batalla de Bailén o la representación y la participación del Reino en las Cortes de Cádiz, han merecido poco o ningún tratamiento. Bien es cierto que ambas cuestiones quedan fuera del tiempo y del espacio en el que, específicamente, ha querido centrar el autor su trabajo. Eso no empece para que, valorando lo que el libro tiene y no lo que no tiene, nos hallamos ante una obra de interés excepcional para la historia del patrimonio de la ciudad y para el conocimiento documentado, organizado y coherente de aquellos escasos pero largos años de dominación francesa en Granada.

Para ello, el autor ha realizado una formidable obra de investigación archivística que hoy día, acostumbrados a tanto refrito de obras anteriores, hay que contemplar con jovialidad. Archivos granadinos (provincial, municipal, Chancillería, diocesano, Catedral, protocolos, Alhambra, Instituto Gómez Moreno), nacionales (Histórico Nacional y Militar de Segovia), prensa local, memorias de personas que vivieron la guerra y, sobre todo, algunos archivos franceses, particularmente el propio archivo de José Bonaparte, capturado por Wellington en la batalla de Vitoria, cuya sonoridad captó magistralmente Beethoven en una de sus obras más rotundas, trasladado como botín de guerra al Reino Unido y comprado hace unas décadas por el gobierno francés para depositarlo en los «Archives Nationales de France», son las fuentes de las que se ha alimentado la investigación. Es esta una labor impagable que aporta al libro un rigor documental y una metodología histórica no siempre fácil de encontrar en la historiografía actual.

Respecto de su contenido y con la única intención de incitar a su lectura que, tanto por el argumentario como por la calidad literaria con la que está escrito apasionará al lector, baste decir aquí, a modo de apunte fugaz, que está articulado en tres partes. En la primera, «La ciudad del Antiguo Régimen en crisis», se analiza la situación de Granada a finales del XVIII y comienzos del XIX, la pervivencia de la ciudad conventual y clasicista, la situación urbanística a comienzos de la guerra y el deterioro, la vida y los testimonios sobre una Alhambra en absoluto estado de decrepitud. En la segunda parte, «Granada bajo la dominación francesa», el autor estudia la ocupación de Granada, rendida por sus autoridades para evitar su destrucción, el latrocinio de las arcas públicas y privadas, la estancia en ella del Rey José I, inicialmente entusiasmado, luego decepcionado, el poder del que realmente gozó su gobernador, Horacio Sebastiani (Horacio I, como le califica), las importantes reformas urbanísticas acometidas, la sumisión de las autoridades civiles y religiosas, el expolio artístico, el ocaso de la dominación y el intento de voladura de la Alhambra, que el autor certifica incluso en algunos aspectos a los que algunos autores daban poca verosimilitud. Es, sin duda, la parte más innovadora, atractiva y en la que con más solvencia se desenvuelve el autor. Finalmente, la tercera parte, «La efímera ciudad constitucional», la dedica al autor al retorno de la normalización bajo el gobierno de las Cortes de Cádiz, que no termina siendo otra cosa que una vuelta a la ciudad sacralizada.

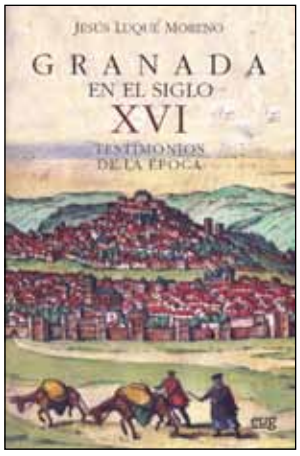
El libro termina con unas conclusiones que son un resumen bien orgnizado del mismo y con una relación de las notas, ordenadas por capítulos, con la que quiero mostrar mi total desacuerdo. No es aceptable que en un libro de investigación como este, con más de mil notas

(1.041) no vayan estas a pie de página. Hoy día no cuesta más poner las notas como toda la vida, al pie; no estorban al lector ocasional y son imprescindibles para el profesional, cuya búsqueda y lectura, tal como están, se convierten en un calvario. No es un problema imputable al autor, ni siquiera en exclusiva a la EUG. Se está imponiendo cada vez más en todas las editoriales y frente al mismo deberíamos los profesionales denunciarlo, elevar nuestra protesta y, si es preciso, plantarnos. Frente a esta deficiencia, el aparato gráfico del libro es, como corresponde a un libro de este tipo, excepcional.

Para la narración de todo ello, el autor pone rigor documental, claridad expositiva y pasión personal de la que, pese a lo que digan los defensores del objetivismo, nunca debe a mi juicio de carecer el historiador. Él mismo, en la presentación de su libro, afirmaba que había intentado demostrar «que la historia no necesita ser novelada, sino mostrada con toda su riqueza de matices en una visión coherente». Un historiador británico muy admirado por mí, Joel Mokyr, decía que la historia económica debe cumplir dos requisitos: no mentir y no aburrir. Es una verdad que puede aplicarse a cualquier ámbito de la historia y que Juan Manuel Barrios Rozúa, en este libro, supera con autoridad y solvencia.

Jesús Luque Moreno
Granada en el siglo XVI. Testimonios de la época
Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, 621 páginas

Carmen Hoces Sánchez



El profesor Luque me regaló hace unos meses un bonito libro: la camisa reproducía un grabado de la época que se indica en el título, en color, con una vista de Granada; las cubiertas presentaban el negativo de este mismo grabado. Le veía así la cara a un libro cuyo contenido conocía ya, pues el autor había tenido a bien confiarme una copia para que capturara en ella alguna posible errata antes de su publicación.

El libro se hojea cómodamente y salpica su lectura con detalles (una imagen, un texto, relacionados con el contenido del capítulo) que parecen escapar, o entrar, por el margen derecho de las páginas en que comienza cada nuevo capítulo de la primera parte del libro, y con más reproducciones de grabados de la época (ahora en tonos de gris), que separan los textos de los distintos autores que componen el corpus documental en que consiste la segunda parte del libro.

La obra es una nueva edición, revisada y ampliada, de la casi homónima publicada en 1994, *Granada en el siglo XVI. Juan de Vilches y otros testimonios de la época*. A la necesidad de una reim-